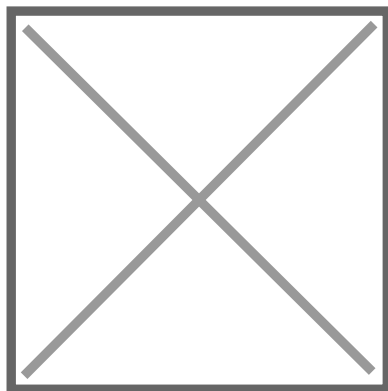




## Crónica Literaria

Andrés Bello, por Rafael Caldera. (Caracas). — Confieso: autor de esta obra, actual Presidente de Venezuela, que cuando decidí escribirlo, a los 19 años de edad, lo hice aconsejado por un amigo y para presentarlo a un certamen. Don Andrés no le inspiraba simpatía. Sus hermosos poemas lo parecían largos. Jugando por lo que presenciaba en América, pensaba que el Código Civil chileno sería otra imitación medio hilvanada de leyes extranjeras. "Llegué a Bello —declaró— como se llega a lo desconocido. Había oído de él muy poco. Lo leía casi por una mala patriota que había ido a remotas paradas a dar lo que debía dar a su tierra. Lo consideraba casi como a un inferior que había buscado refugio en los libros, en vez de entregarse a la humana romántica que realizaban entre relobios de limbores los personeros de la Gran Gracia".

Esta manera de mirar al sabio era bastante común por aquella época, treinta y cinco años atrás y no sólo en Venezuela. De ella participaban espíritus superiores en nuestro país. Recordamos que un día nos vimos de pronto embarcados en viva discusión con los visitantes caraqueños de una gran poética que nos alojaba en Nápoles y, no sin sorpresa, descubrimos que tampoco amaba al venezolano; partidario decidido de Sarmiento, lo consideraba superior por varias razones.

Añade el señor Caldera que su conquista empezó por la lectura y el conocimiento detenido de las obras del Maestro. "Aquel conjunto de maduras ideas —dice— llamó poderosamente mi atención. Debía tanta sabiduría, debía con tanta magistral firmeza" que le pareció haber hallado una incógnita de oro fino.

Terminó su ensayo, lo presentó al concurso, obtuvo el premio y, desde entonces, ha permanecido invariablemente fiel a la admiración que D. Andrés le había despertado.

Las cuatro ediciones, la última de ellas "puesta al día", que lleva el pequeño volumen, están demostrando y constituyen una prueba más, entre muchas, de que esa evolución de su pensamiento se ha prolongado y se continua en una glorificación creciente: no va más lejos, y es cuanto pueda decirse, la del Libertador. Bello lo fue, asimismo, en otra órbita.

En medio de los síntomas desalentadores que ofrece la difusión de las ideas y el encasamiento de las grandes figuras, hasta hacer desaparecer de la cultura y el buen sentido, este hecho debe anclarse como uno de los signos alentadores, capaces de resucitar la esperanza.

He aquí que la demagogia no siempre triunfa, la realidad y las ilusiones recobran al cabo su equilibrio y no todo está perdido para la inteligencia.

Porque don Andrés Bello es eso; la razón, la cordura, el

saber vasto y tranquilo, una visión universal de los seres y las cosas, lógicamente encadenados.

No fallan en él los sueños generosos ni tampoco la utopía romántica, revolucionaria. Digna su reforma de la ortografía, respetuosamente ensayada y abandonada. Pero esos sueños ocupan su sitio, no tropiezan ni quieren imponerse a la fuerza. La serenidad filosófica y la comprensión humanística excluyen con su sola presencia los actos violentos, las voracidades.

Los ecos de la barbarie ancestral se aquietan ordenadamente a sus pies. No necesita condonar sus impulsos ni se apresura a sofocarlos. Sabe que el tiempo los apagará y permitirá aprovecharlos.

El libro del señor Caldera, admirable de concisión y coherencia, constituye una demostración de lo que puede la enseñanza en un espíritu dispuesto a recibirla y que acaso se había extraviado en ella. Su prosa respira el valor contenido, la existencia frenada, pugna por borrar la disonancia y logra volverse pomposa, aunque la sujeta por dentro y la firme marcha ágil, rápida, al paso del corcel bien manejado.

Nada de digresiones innecesarias.

Notemoslo. Es uno de los rasgos típicos de Bello y el que más singulariza en la tradición española, propensa a derramarse. ¿De dónde esa disciplina? ¿Quién le impuso ese rigor en la prodigiosa abundancia inglesa? no basta; Francia tampoco; ni la filosofía alemana. Las raíces vienen desde más fondo, tal vez de su origen racial, mezcla de. Un observador señalaba que era mirada como la de Montaigne, era López, acaso irpetito. La levadura permanece.

No asuen rallejo en el joven discípulo conquistado. Allí es evidente. Diríase que el señor Caldera, al descubrir a Bello, se descubrió a sí mismo, encontró su molde y asumió su personalidad.

Sorprende y deleita la lectura de esta biografía sumaria, pero no incompleta, que lo abarca todo, el hombre, el sabio, el artista, el filólogo, el pedagogo, el jurista, el sociólogo, una asamblea de pensadores, como la coherencia de Goethe, una academia y un congreso legislador de ámbito continental.

Las voces del pasado clásico —aprendió solo griego y latín— se unen reposadamente a las del mundo contemporáneo y preparan sin urgencias el futuro, que es el presente.

Con razón el señor Caldera consagra tiernamente su "Vida de Bello" a la memoria de Garibaldi Pérez León, el amigo de juventud que le aconsejó escribirlo y cuya figura se perfila entonces como "el lejísimo sueno del sabio", también arrebatado demasiado pronto a su patria, pero mediante una separación todavía más definitiva y dolorosa".

H. D. A.

**AUTORÍA**

Alone, 1891-1984

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1970

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Andrés Bello [artículo] H. D. A.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile